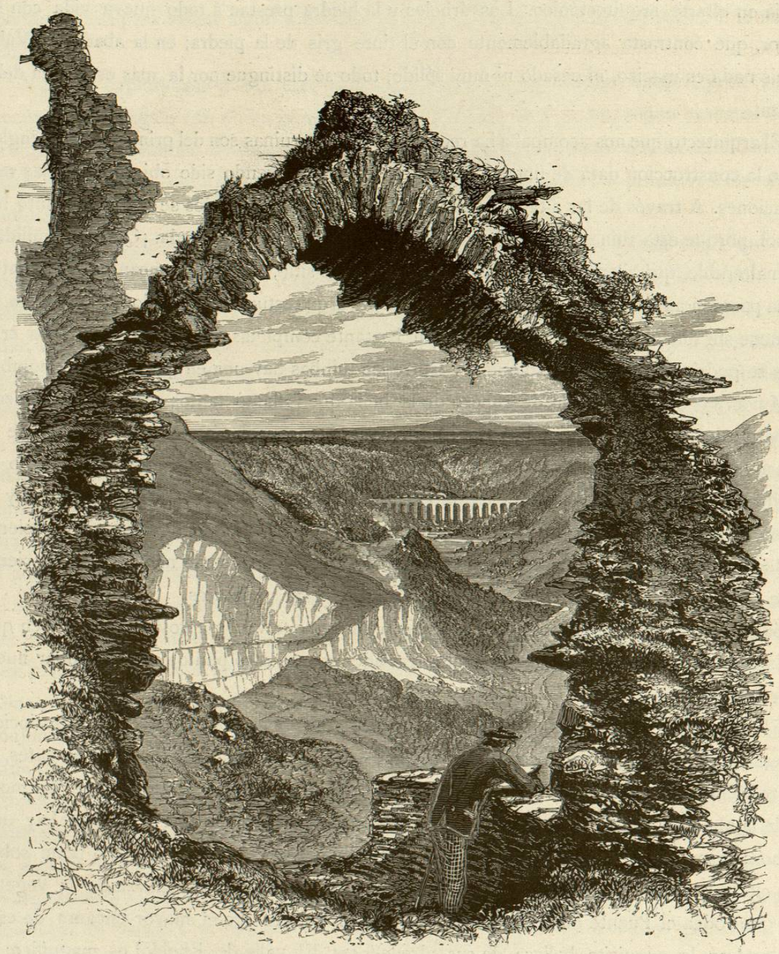
cataratas se combinan para formar el conjunto más agreste y pintoresco que pudiera encontrarse en todo el país.

Nos dirigiremos ahora á otro sitio más delicioso aún, pero de un carácter mucho ménos

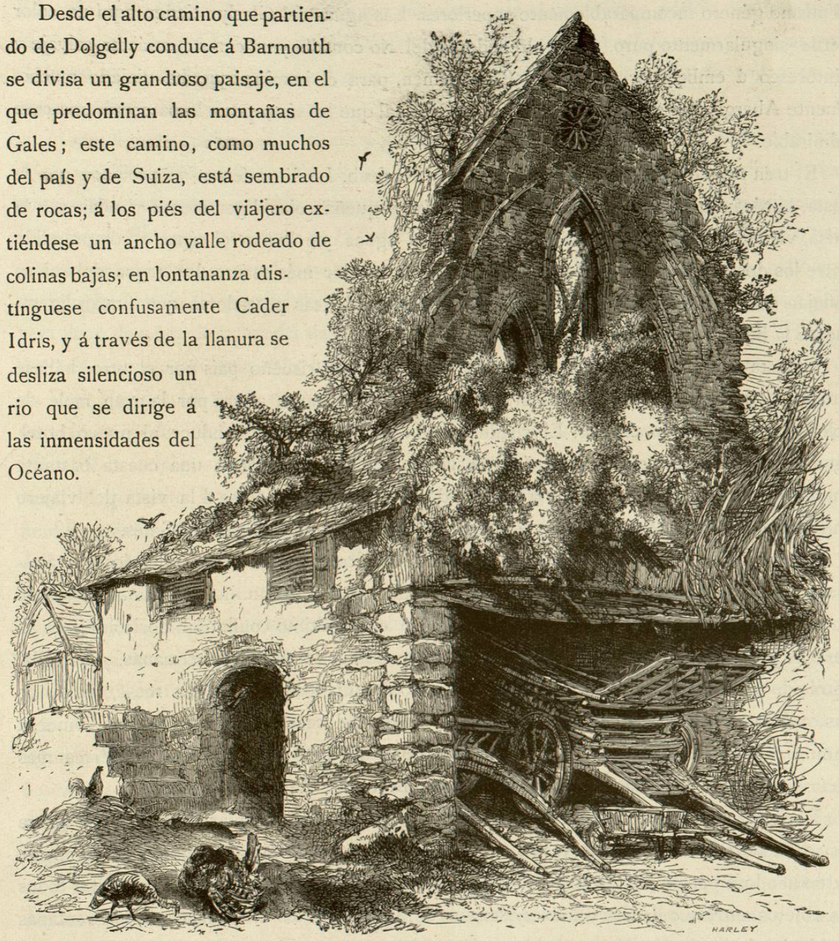


Castillo de Dinas Brau

imponente por su grandiosidad; es Dolgelly, donde está el célebre Paseo del Torrente. Este paseo está comprendido en terrenos particulares (los de Caerynwch), pero se permite la entrada al público; para dirigirse á él se va por un sendero á cuyos lados susurran suavemente las aguas que caen de pequeñas alturas y que estancándose á veces forman pozos de más ó ménos profundidad; las rocas, siempre húmedas, están cubiertas de verdor; de ellas pende la enredadera, que se arraiga en todas partes, adornando la piedra con sus graciosos

festones; los helechos abundan, y los árboles forman caprichosos grupos. Fuera de este sitio todo brilla, todo es luz deslumbradora, y hasta los rayos del sol molestan, pero en el interior disfrútase de una frescura semejante á la de los patios del famoso palacio moro de la Alhambra.

Desde el alto camino que partiendo de Dolgelly conduce á Barmouth se divisa un grandioso paisaje, en el que predominan las montañas de Gales; este camino, como muchos del país y de Suiza, está sembrado de rocas; á los piés del viajero extiéndese un ancho valle rodeado de colinas bajas; en lontananza distínguese confusamente Cader Idris, y á través de la llanura se desliza silencioso un rio que se dirige á las inmensidades del Océano.



Abadía de Valle Crucis

Avanzando siempre en la misma línea, pronto se llega á Beddgelert, desde donde se puede pasear por la orilla del rio Glaslyn; en cierto sitio la corriente comienza á ser muy impetuosa, y las colinas más altas, lo cual contribuye á comunicar al paisaje un carácter más pintoresco. Cuando el sol brilla, este camino, alegre y risueño, nada ofrece de particular, pero cuando la tempestad se desencadena y el resplandor del relámpago ilumina fugazmente todos los objetos, debe tomar un aspecto imponente.

Cerca de Aberglaslyn hay un puente para cruzar la rápida corriente del rio en el sitio donde más se estrecha, asemejándose á un caudaloso torrente. Esta construccion merece ser visitada, pero no tiene nada muy notable, como algunos han dicho; en Devon hay muchas cosas que pueden llamar más justamente la atencion, y en Suiza se encontrarán no pocas en el mismo género incomparablemente superiores. Las aguas del Glaslyn tienen aquí un color verde singularmente puro, y los alrededores del rio contribuyen con su carácter salvaje y pintoresco á embellecer este sitio. En resúmen, para el hombre que ha viajado mucho, Puente Aberglaslyn será una cosa agradable, mas al que ha visto poco le parecerá una cosa admirable.

El tren nos conducirá ahora á Criccieth y Harlech. La línea férrea se prolonga por la costa, bordeando la bahía de Cardigan, donde las pequeñas olas, ligeramente rizadas por la brisa, vienen á morir á los piés del viajero; las aguas que llenan el espacio comprendido entre los dos cuernos que forma la bahía tienen un color más oscuro; los rayos del sol se reflejan en una blanca vela, y á lo léjos se ven algunas barcas pescadoras que surcan ligeramente la líquida superficie.

En esta magnífica costa, con el mar por un lado y un risueño país por el otro, hállase situada la pequeña estacion de Harlech, dominada á bastante altura por la gran mole de color gris del antiguo castillo. El sendero que desde la estacion conduce al nuevo hotel, establecido frente á la entrada principal de la vetusta fortaleza, forma una cuesta bastante empinada y alta, pero una vez en la cumbre de la eminencia, ofrécese á la vista del viajero uno de los más bellos panoramas que puedan admirarse en todo el país de Gales.

Por un lado, el vetusto castillo, con su maciza puerta y sólidas torres, destácase majestuoso é imponente, dominándolo todo á su alrededor; abajo, á gran distancia, la superficie de un mar tranquilo parece confundirse con el cielo en el último confin del horizonte; por la derecha prolóngase á lo léjos la cordillera del Snowdon con sus colinas hermanas, y más allá, detrás de ondulada línea de altitud, la luz del cielo ilumina los picos de las rocas, realzando sus caprichosos contornos. Desde el pié de la colina del castillo se extiende una inmensa llanura, sin árboles y singularmente plana, á través de la cual se corre la línea férrea más recta que tal vez se encuentre en toda la Gran Bretaña.

El observador que se situase á la puerta del hotel para contemplar desde aquella altura los alrededores cuando el dia toca á su fin, verá como las primeras sombras de la noche, extendiéndose poco á poco sobre las llanuras de la tierra y del mar, acaban por ocultar todos los objetos entre sus densas tinieblas; despues se ven brillar dos ó tres luces en las ventanas de las granjas; y en el cielo resplandecen las estrellas con su mística claridad.

Pasemos ahora á visitar el castillo de Harlech. Aunque no un cuadrado perfecto, su forma es cuadrada; dos grandes torres redondas flanquean la puerta, y como aún se conservan muy bien las de los ángulos, y los muros exteriores, el ruinoso castillo revela á primera vista cuánta era su solidez, y cuál el principal objeto para que se construyó. Primeramente daremos la vuelta por las lizas, es decir el ancho espacio que media entre las murallas principales y las almenas exteriores. En otro tiempo el mar llegaba por un lado hasta el pié de

la fortaleza, pero se ha ido retirando de tal modo, que ahora dista casi una milla. Todos los castillos de Eduardo estaban construidos sobre el mar; el gran estratégico comprendia la ventaja de tenerle por base de operaciones, y el rey de Inglaterra sabia igualmente hacer muy buen uso de su real armada. Harlech es una posicion muy característica de la época de Eduardo, y la ruina se ha conservado tan completa, que el arqueólogo podria explicar todas sus partes y reconstruirla en todos sus detalles. En cierto sitio del sólido muro, de color gris, el líquen ha formado una mancha que se asemeja á la que produciria el orin rojizo en un antiguo casco.

Harlech tiene tambien su historia y parece conservar la vivacidad de la vida, que nace de su asociacion con nombres bien conocidos en las crónicas de los tiempos pasados. Dícese, aunque no está evidentemente probado, que Harlech fué construido por el arquitecto de Carnarvon. En 1404 apoderóse de la fortaleza el más conocido de los héroes de Gales, Owen Glendower, de quien la tomó á su vez el príncipe Enrique. Margarita de Anjou halló aquí un refugio durante las guerras de las Rosas, y aún conserva una torre su nombre: esta princesa llegó despues de la batalla de Northampton. Eduardo IV tomó el castillo de Harlech despues de un prolongado sitio, habiéndole defendido enérgicamente su gobernador, Davydd ap Ifan. Harlech fué mudo testigo de una encarnizada lucha durante las guerras civiles, y al fin cayó en poder de las fuerzas del Parlamento, mandadas por Mytton, en 1647. Lo que existe de la fortaleza pertenece á la Corona, hallándose encargado de su custodia un funcionario del gobierno. El foso que rodea el castillo por la parte de tierra era muy ancho y profundo; y aún quedan vestigios de la capilla y de la gran cámara. De las torres principales se destacan otras más pequeñas y muy ligeras, como se ve en Conway. En resúmen, la ruina se halla en muy buen estado y su posicion es magnífica, no pudiendo negarse que Harlech es uno de los más hermosos castillos de Gales.

Algunas estaciones más léjos, y por lo tanto á pocas millas de distancia, hállase Criccieth. El castillo era mucho más pequeño que el de Harlech y ahora está reducido á una ruina informe, en poco mejor estado que los restos de Dinas Brau; lo que ahora se ve sólo es, en rigor, un pobre atributo de la antigüedad, si bien contribuye, con la pequeña bahía y otros accesorios, á que el sitio sea más pintoresco; pero poco hay que pueda llamar la atencion del arqueólogo. El castillo, probablemente del tiempo y del estilo de Eduardo, estaba situado, segun se ve por los restos, á una altura moderada, en un promontorio pedregoso, cuyo pié sirve hoy de rompiente á las olas. No tiene historia. Un angosto portalon, flanqueado por dos torres que debieron ser muy macizas en otro tiempo, conduce al desmantelado y ruinoso interior; la mole de mampostería no presenta ya formas determinadas, hallándose convertida la mayor parte en cascote. En cuanto á la bahía, es magnífica; y el paisaje, verdaderamente encantador.

Criccieth está convertido hoy en una pequeña estacion balnearia, donde los precios son muy económicos, lo cual induce á muchos á pasar aquí la breve temporada de baños.

Hemos visto varias fortalezas, pero aún nos falta visitar otra, que es la más noble y grandiosa de todas, por lo cual deberemos detenernos en ella más tiempo. Nos referimos al